

La responsabilidad del traductor ante la lengua: préstamos, “lavado” y liberalismo lingüístico

Gertrudis Payás

Instituto Superior Angloamericano de Puebla

*En el contexto de la permisividad reinante frente a las injerencias lingüísticas, sobre todo del inglés en el español, analizo el papel del traductor. La comparación con las críticas de que era objeto en los siglos XVIII y XIX (cuando se le acusaba de ser culpable del afrancesamiento de la lengua) sugiere que, aunque hoy no pueda decirse que sea el traductor el principal responsable de la penetración del inglés, se puede afirmar que el **proceso de traducción** legitima la difusión de usos foráneos. Por ello parece pertinente replantearse la función del traductor profesional y aportar algunas ideas sobre su responsabilidad.*

*This paper analyzes the role of translation in a time of permisiveness regarding linguistic encroachment, especially from English to Spanish. A comparison with the criticism aimed at translators during the eighteenth and nineteenth centuries (when they were accused of Gallicizing the Spanish language) suggests that, while we can hardly say that translators are solely responsible for the growing penetration of English today, the **process of translation** does legitimize the introduction of foreign usage. The author attempts, in view of this, to reassess the role and the responsibility of the professional translator.*

Tráfico denso

Con las lenguas está pasando lo mismo que con la demografía: del Norte de África hacia Europa, de México y Centroamérica a Norteamérica, del cono sur de América hacia el norte del continente y Europa, revoltijo de “boat people” por todo el Pacífico, etc...

Y no se trata sólo de que unas lenguas invadan los territorios geográficos de otras, fenómeno natural. México, tras el desastre que supuso para el náhuatl y las demás lenguas autóctonas la imposición del español, incorporó también usos del francés y del inglés, además de dejar aflorar los sustratos de las lenguas predecesoras. La lengua que hoy usamos es, pues, resultado de los usos que hemos dejado pasar y de los que hemos rechazado.

Hoy en día existe además un curioso efecto paralelo: las invasiones dentro de las mismas lenguas, de un registro a otro, de un campo semántico a otro, reflejando, como dice Juan Insúa, el gran “tráfico de influencias” que hace que haya “...científicos que funcionan como filósofos o teólogos, filósofos que se han vuelto novelistas, consultores de empresas que actúan como ‘gurúes’...” (“El gran mestizaje”, *La Jomada Semanal*, nº26, 16-V-93)

Aunque podemos considerar estos fenómenos como un enriquecimiento, no cabe duda alguna de que constituyen también una perturbación del “status quo” lingüístico. Si a ello agregamos el hecho de que ciencias y técnicas, al igual que otras áreas del conocimiento que buscan una respetabilidad científica, se hayan desentendido de la lengua que sirve para comunicarlas, resulta que nos encontramos en un momento que, cuando menos, podemos calificar de muy singular.

La interpenetraciones, pues, terminológica, semántica y estilística. El imperativo de comunicar, de eliminar obstáculos, y la información que como mercancía debe circular sin trabas colocan a las lenguas en una situación que no tiene precedente histórico. El acoso que sufrió el español del s. XVIII de parte del francés no es sino palidísimo reflejo del que está sufriendo ahora del inglés.

Me quiero centrar en la problemática de estas injerencias en nuestra lengua, y definir una vía media que refleje, por una parte, lo enriquecedores que son para nuestra lengua los contactos con las demás y, por otra, lo peligroso que puede resultar dejarnos llevar por la ola de liberalismo, signo de nuestros tiempos. Las más de las voces dicen hoy que la lengua no necesita quien la defienda, pero sostener que los sistemas se ajustan solos y que no hay que intervenir equivale a decir que el libre juego de los mercados desemboca impecinablemente en un reparto equitativo de las riquezas. Ahora sabemos que no es así; tampoco lo es en lo tocante a la lengua. La postura que propugno no es de conservacionismo a ultranza; abogo por una actitud alerta y creativa, que haga contraste con la pasividad reinante y permita encontrar las soluciones (necesariamente fronterizas) que se requieren. Intentaré definir el papel del traductor en este contexto.

Decía hace un momento que el que las lenguas invadan los territorios de otras es un fenómeno natural. Estas invasiones también han tenido y tienen sus movimientos de resistencia, y aquí conviene aclarar que no todas las resistencias son integristas.

Juvenal, en los años 50 de nuestra era, se burlaba en una de sus sátiras de la afición de las damas latinas por imitar todo lo griego. No sólo se vestían a la griega sino que hablaban entremezclando palabras griegas en su conversación e imitaban el acento ático.

El traductor en el s. XVIII: fama e ignominia

Diecisiete siglos después, en 1768, el padre José Francisco de Isla adaptaba esos versos de Juvenal para referirse a la moda afrancesada en España. De los galicismos que consigna, *pobre diablo*, *paje*, y *petimetre* pasaron al español; el sustantivo *honra* quedó relegado a la funeraria y alguno que otro refrán (“y a mucha honra”), dejando el lugar a *honor*, que no era de uso hasta entonces. También pasaron *bagatela*, *coqueta*, *edecán*, *gendarme*, y muchas más (debió haber otras que aunque pugnaron por pasar fueron rechazadas; algún día habrá que hacer el censo).

José Francisco de Isla no vacila en dirigir la artillería hacia nosotros: “Lo que digo es que, con efecto, los malos, los perversos, los ridículos, los extravagantes o los idiotas traductores son los que principalísimamente nos han echado a perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto como el alma. Ellos son los que han pegado a nuestro pobre idioma el mal francés, etc...” (Santoyo: 108) (advuértase el símil del traductor con la prostituta que contagia la sífilis).

Pero Isla no está solo, y su voz se suma a otras que coinciden en acusar al traductor de los males que aquejan a la lengua. Juan Pablo Forner (1795) es tajante: “son estimables para mí todos los libros castellanos que se escribieron antes de que apareciese la plaga de los traductores de obras francesas” (Santoyo: 140)

Estos ataques van aderezados con lamentos profundísimos sobre la humillación que representa para aquella lengua del siglo de Oro el hecho de verse contaminada por una lengua que se califica sin empacho de “uniforme y pobre”. Forner, en sus *Exequias de la Lengua Castellana*, entra en detalle: “El mal está en que, siendo el mecanismo de nuestra lengua infinitamente más bello, más elocuente, más suelto, más vario, más flexible que el del exactísimo, y, por lo mismo, sequisimo, indócilísimo y monotísimo dialecto francés, han trasladado sus locuciones y modismos, unos por ignorancia, otros por novedad servil, pareciéndoles que para la elocuencia basta la grandeza...” (Santoyo: 142)

José Cadalso, en sus *Cartas Marruecas* (1793) se lamenta de que “la esclavitud de los traductores ha despojado a este idioma de sus naturales hermosuras, cuales eran laconismo, abundancia y energía” (Santoyo: 129). Parecida es la reacción de José de Vargas Ponce: “... en cada frase que se introduce por las traducciones se corroe y carcome todo el ensanche del Castellano”. Levanta la voz y dirige su dedo acusador: “Así ho-

liáis el idioma, traductores ignorantes; así lo habéis oscurecido y afeado, y es obra vuestra la deplorable deformidad en que yace” (Santoyo:134-135).

No podemos sino maravillarnos del poder que se atribuía entonces al traductor. Si tanto nos vituperaban es que ocupábamos un lugar señalado en lo literario. Epoca de diatribas y libelos, en que un traductor como Tomás de Yriarte (1780) dedicaba un tomo de 400 páginas a defender su traducción del Arte Poética de Horacio de una impugnación de ocho páginas que le había hecho un crítico (López de Sedaño, en *El Parnaso Español*).

El traductor hoy. Su responsabilidad

Indudablemente las cosas han cambiado. El traductor ha perdido su imagen pública, en la sociedad hispanohablante por lo menos. Por lo que sé, a nadie se le ha ocurrido culpar al traductor de los extranjerismos que en estos últimos 50 años han entrado a nuestra lengua. Evidentemente, porque es muy difícil de determinar. Hoy es mucha más la gente que entiende, habla y escribe en dos o más idiomas, sin ser profesionalmente un traductor. Por eso, más que achacarle la culpa a los traductores como gremio, hay que dirigir la vista hacia la **operación traductora**, ejercida por un autor en situación bilingüe, o por el profesional de la traducción. Parece evidente que hoy los medios de comunicación de masas son los canales principales de difusión de esos extranjerismos.

La concepción nacionalista de la lengua que hacía llamar dialecto al francés ha desaparecido, los círculos literarios, aquellos lugares en los que se forjaban y destruían las reputaciones de los autores y traductores, también; la calidad de una traducción no merece sino algún comentario en las últimas líneas de las reseñas de novedades de librería.

Como decía, no se ha vuelto a hablar de responsabilidad directa del traductor en el devenir de la lengua. Sin embargo, algunos autores, como Vinay y Darbelnet, indican que con frecuencia los préstamos entran en una lengua por el canal de una traducción (G. Yebra 1984: 335). Este es el hecho que nos interesa investigar: ¿Cómo entran y cuáles entran?. Entendamos primero el fenómeno.

El fenómeno de la entrada de extranjerismos en las lenguas por la vía de la traducción lo reconoce implícitamente Juan Luis Vives, ya en 1532: “Muy útil fuera a las lenguas si los traductores distros tuvieran tal osadía de conceder de cuando en cuando derecho de ciudadanía a tal o cual tropo o figura peregrina, mientras no anduviera demasiado lejos de sus usos y costumbres” (Santoyo:55). Históricamente, pues, se le reconoce al traductor una responsabilidad en la apertura de la lengua a las innovaciones. Por otra, es cosa obligada advertir que los consejos de Vives se vieron sobrepasados por los acontecimientos. Nadie podía predecir en aquel momento lo que la imprenta iba a desencadenar: una aceleración y multiplicación constante de los flujos de

información, que diluyeron las barreras geográficas y culturales, sometiendo a las lenguas a presiones que hoy rebasan con mucho su capacidad de absorción y digestión.

La lengua que hoy hablamos es el resultado de la pugna entre estas presiones y sus respectivas resistencias, pero hoy no parece ser tan fácil decir, como decía Unamuno a propósito de la palabra “sport”, que pugnaba por penetrar en el español en un momento en que no existía en nuestra cultura la noción de ejercicio físico recreativo y formativo: “déjenla andar, y ya se verá si arraiga”, porque el tiempo no permite observar estos procesos. ^x

Veamos la naturaleza de estas interferencias: tenemos los **préstamos**, que suelen ser palabras extranjeras que entran a nuestra lengua acompañando innovaciones. Las tomamos tal cual (*sauna, jacuzzi*; los términos de algunos deportes: *clinch*), o las naturalizamos (*formatear, fútbol, suéter*). También tenemos **calcos**, las palabras o expresiones que traducimos literalmente para adaptarlas (*jardín de niños*). Entre estos dos tipos hay variantes y singularidades: en México coexisten *ride* y *aventón*, por ejemplo, y no todo el mundo se despidе con el *bye*.

Ahora bien, una cosa es admitir *sauna* (algo que no teníamos y que ahora tenemos); otra es admitir *suéter, paje* o *restaurant* (algo que teníamos pero con características distintas: abrigo o levita, criado o lacayo, posada o venta) y muy otra es admitir la invasión actual, sintáctica y estilística del inglés. Lo importante aquí es entender que, una vez adaptados por el traductor, estos usos foráneos quedan, por decirlo con una palabra que hoy tiene un significado muy especial, “lavados” y, por lo tanto, nadie objeta ya a su utilización. La responsabilidad del traductor es, por lo tanto, mayor de lo que las apariencias permiten suponer.

Estas invasiones tienen como rasgo común que no parecen corresponder a defectos o lagunas de nuestra lengua o cultura. Parecen fruto del capricho; de hecho obedecen, creo yo, de alguna forma a la necesidad de globalización. Se van eliminando los tipismos para dejar paso a unas formas muy homogeneizadas de hablar y escribir (y casi me atrevo a decir que de pensar), que “facilitan” el flujo de información. En este sentido, es cierto que tal vez la máquina de traducir nos alcanzará, si logramos que desaparezcan las asimetrías entre las lenguas, cosa que muchos traductores no parecen entender. Veamos en detalle algunos de estos fenómenos:

Plano del léxico

Los sustantivos genéricos (*development, system, implementation, course of action, action, decision-making bodies, projection, problem, control, pattern, approach, background*). Estos genéricos, de reiterada frecuencia de uso y muy polivalentes, exigen del traductor una cuidadosa labor interpretativa (Delisle 1993: 166). Por desgracia, esta capacidad crítica no abunda, y finalmente el traductor se limita a calcar el término, con lo que se verifica que **los términos genéricos de la lengua dominante tienden a marginar a los específicos que les corresponden en la lengua dominada** (Delisle

1993:169) Como ejemplo, para *problem*, fuera de los problemas de matemáticas, tenemos *tropiezo*, *obstáculo*, *dificultad*, *contratiempo*, *revés*, y muchas más, que están en retroceso.

Los adverbios en -ly y nuestros adverbios en *-mente*. El uso tradicional de los adverbios en *-mente* es más discriminado que el de sus equivalentes ingleses en *-ly*. Sin embargo, los traductores suelen soslayar esta realidad, con lo que se observa un retroceso de locuciones adverbiales españolas clásicas (los enfáticos *remarkably*, *greatly*, *highly* se traducen por calco, olvidando que tenemos formas propias y Utilísimas como *muy*, *sobremañera*...). También retroceden los verbos con función adverbial (*soler*, *acabar de*; *acabar por*, *terminar por*...). Para dar lugar a construcciones adverbiales torpes y poco nuestras: *voy frecuentemente*; *finalmente me caí*...

La menor visibilidad del superlativo absoluto en inglés hace que el traductor olvide que en español existe. ¿Por qué traducir *extraordinarily rich tradition* como *tradición extraordinariamente rica* si, por una vez, podemos ser más sintéticos que el inglés y decir *riquísima tradición*?

El plano de la sintaxis

Las combinaciones de preposiciones y de preposiciones con conjunciones. El inglés admite estas combinaciones; el español no: “*ni pertenezco ni colaboro con los sindicatos*” es incorrecto (Ladevéze:89).

Las conjunciones (*once*, *while*). Se suelen traducir literalmente, con retroceso de *en cuanto*, *apenas* (para el caso de *once*) y de los participios con función terminativa (“Limpias las armas, las guardó en el armario”). *While*, con función de simultaneidad lógica y cierto grado de oposición, se tiende a traducir erróneamente como *mientras*, *al mismo tiempo que* en lugar de *aunque*, *si bien o si*, *por una parte...por la otra*. Ej: “Al mismo tiempo que acepta el derecho de la sociedad de utilizar los bienes culturales apropiada y respetuosamente, el profesional de la conservación actúa como abogado en pro de la preservación de los bienes culturales” (“Código de Ética y Normas para el Ejercicio Profesional del American Institute for Conservation of Historic and Artistic Works”, *Apoyo*, Washington, vol.5, n°1, abril 1994.). Otro tremendo abuso en el uso de las conjunciones es el que consiste en traducir siempre *and/or* por *y/o*: “La información contenida en los artículos *y/o* anuncios es exclusiva responsabilidad de sus autores”.

El plano gramatical

Uno de los principales aspectos en los que inglés y español no son simétricos es el de **los tiempos y modos verbales**. Sólo hay coincidencia en los usos más directos y sencillos. Por eso, el traductor diestro debe decidir qué tiempo verbal usaría el español en el mismo caso. Veamos algunos casos:

Las variedades del pasado en español retroceden para resumirse en un solo tiempo: el pretérito. Ej: *Did I ever tell you that I had a brother?* Se suele traducir con el pasado *te dije* en lugar del pluscuamperfecto *te había dicho*. El imperfecto retrocede de ante el perfecto en el caso de *This morning I had fever* cuando se traduce *tuve fiebre* en lugar de *tenía fiebre*.

También el traductor debe forzar el uso del subjuntivo, inexistente (prácticamente) en inglés. En algunos casos el original da la pauta para la traducción en subjuntivo (frases como *let the girl sing* o *when you have finished, we'll talk* no admiten sino ese modo); en otros, sin embargo, el traductor debe optar entre indicativo y subjuntivo, y todo parece indicar una preferencia automática por aquél. En clase, los alumnos traducen las frases *as long as there is money* y *perhaps you are right* como *mientras hay dinero* y *quizás tienes razón*, sin ni siquiera preguntarse si hay alternativa.

Conclusión

¿Dónde está el peligro, entonces? Al traducir partiendo de una simetría ideal, al traducir indiscriminadamente *enfaticar* por *emphasize*, *involucrar* por *involve*, *implementar* por *implement*, *eventualmente* por *eventually*, *referir* por *refer*, *remover* por *remove*, *disponible* por *available*, *agradecer* por *be grateful for*, *resultar en* por *resulting in*, al calcar las estructuras sintácticas y de pensamiento de la otra lengua, desdibujando de paso la nuestra, allanamos el camino para que la información circule sin trabas, cierto, pero el resultado es muy discutible: la homogeneidad a costa de la singularidad. Y si lengua y pensamiento están indisolublemente ligados ¿no será que tendemos hacia una especie de “esperanto” mental?

En esta dialéctica entre la necesidad de homogeneizar, para lograr una mejor comunicación, y el imperativo de conservar la identidad; entre el ideal de una fusión que nos regrese a antes de Babel, y la premonición de que sólo la conservación de la diversidad nos salva de la anomia, la solución tiene que venir forzosamente por transacción.

Desde luego, esto implica salir de la apatía imperante. Resistir es señal de salud. Hacer frente a la homogeneización implica, por una parte, dismantelar la idea de la pureza del idioma: la charca quieta no tiene vida; las lenguas existen en la medida en que sirven a sus hablantes y están en contacto con las demás. Por la otra, entender que el problema reside en conservar la identidad pese al contacto. No hay que perderse en el contacto. Ahí está la responsabilidad del traductor. Lo que el traductor admite, queda. En el contacto, debe buscar la solución que haga que la lengua conserve su personalidad (consciente de que esto implica una discusión constante). Para ello, las soluciones mejor adaptadas son las que son fruto de esa tensión. Tensión fronteriza, volviendo a Insúa, que permitió que *sport* no pasara, y que, en cambio, alguien, a quien le debemos un monumento, reviviera la antigua palabra *depuerto*, que significa recreo, solaz, esparcimiento, e inoculándole el término inglés, nos dejó la afortunada expresión *deporte*.

Bibliografía

DELISLE, J. (1993) *La traduction raisonnée*, Presses de l'Université d'Ottawa.

GARCÍA YEBRA, V. (1984) *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid: Gredos.

_____. (1983) *En torno a la traducción*, Madrid: Gredos.

NÚÑEZ LADEVÉZE, L. (1993) *Teoría y práctica de la construcción del texto*, Barcelona: Ariel.

SANTO YO, J. C. (1987) *Teoría y crítica de la traducción* (Ant.), España: Universidad Autónoma de Barcelona.